La imagen de Jesús en el Nuevo Testamento

Romano Guardini

Es un hombre real. Se le ve cansarse, descansar, sufrir y alegrarse. Acaricia a los niños, cuida de sus discípulos, resiste a sus enemigos. Se ve cómo es un hombre entre los hombres. Se le quiere comprender, y no se consigue. Se gira años y años en torno a Él, se busca entrada y no se halla. Por mucho empeño que se ponga en ello, no se llega a una psicología de Jesús. No quiere decir otra cosa, sino que un hombre, con buena voluntad e inteligencia, puede comprender a otro en su esencia y existencia. Esto resulta a veces fácil; a veces, difícil; tanto más difícil cuanto un hombre es más raro. Pero hasta cierto punto se logra siempre. En Jesús no se logra.

Esto no radica en que Jesús es grandeza que rompe toda medida ordinaria, un hombre de los siglos. Un empeño, a la par reverente y decidido puede también comprender al grande. Y hasta puede creerse que en el grande la inteligencia es más fácil. En el hombre medio o en el pequeño quedan muchos elementos oprimidos, incompletos, impropios; en el grande, por el contrario, la figura surge libre, las posibilidades se realizan y la esencia se muestra más evidente. Tampoco depende de lo religioso, del carácter de elusión e irracionalidad de lo religioso. También lo religioso puede ser comprendido, con tal que el observador parta del recto punto de vista y tome el recto camino. Un San Francisco puede ser entendido. Naturalmente todo desemboca en él en el misterio: el de la personalidad en general y de la personalidad asida por Dios, en particular.

Sin embargo, puede penetrarse psicológicamente su imagen. En Jesús no se puede. Jesús vive en el cuerpo. Padece hambre, y el hambre lo podemos entender. Sin embargo, si miramos más despacio lo que es la comida para Jesús, por ejemplo, en las tentaciones del desierto; si observamos el modo peculiar cómo se porta en la necesidad del comer, tan soberanamente libre y, sin embargo, no ascéticamente - ¿entendemos ya esto? - ... Es todo corazón. Está triste y alegre, ve lo bello y siente la calamidad de la existencia. Ama a los suyos y compadece la miseria de los hombres. Puede, pues, atribuírsele vida psíquica. ¿Pero quién afirmará que entienda la tristeza de Jesús en el Huerto de los Olivos? ¿O que sabe cómo era su amor a Juan y a María de Magdalena...? Y así, pudiera decirse mucho más. Por doquiera tropezamos con contextos y puntos inteligibles. Ellos nos introducen en la existencia del Señor, se prolongan por un tiempo y, de pronto, cesan y desaparecen. El que intenta forzar y seguir explicando, destruye lo propio. Así se producen las psicologías de Jesús que, en el mejor de los casos, representan la imagen ideal que el correspondiente psicólogo se forja de la existencia religiosa; en el caso ordinario, son pura petulancia; y, en el caso malo, son también algo malo: odio contra lo divino. No. De Jesús solo hay una verdadera psicología: comprender dónde termina lo explicable.

Todo hombre, aun el religioso, aun el santo, está construido según una ley que lo configura. Agustín, Benito, Isabel de Turingia, Catalina de Siena, Francisco de Sales, Newman, de todos ellos puede mostrarse cómo estaban construidos: dónde está el centro de su vida y dónde lo lejano, qué es lo que manda y qué se subordina, qué posibilidades existen y dónde se marcan los límites. En Jesús no es posible nada de esto. Es ciertamente una figura, infinitamente impresionante y convincente. El efecto de esta impresión se llama justamente fe. Su figura tiene una inmensa fuerza formativa. Su obra se llama existencia cristiana, filiación divina, Iglesia. Pero esta figura no se construye por una ley psicológica, sino que es el Logos quien ahí manda. El Verbo, al desatar las estructuras de la mera humanidad y llamarla a la nueva obediencia, produce la “figura” de Cristo.

Así se construye una existencia que, en todo momento, es humana, auténtica, cálida, vibrante y henchida de vida; y, sin embargo, en cada momento también sobrepasa todo lo puramente humano.
Y ¡cómo impresiona esta cosa prodigiosa, inefable que elude el toque y está, sin embargo, ahí tan poderosamente! Esta revelación de la divinidad que se cumple en el ser viviente de Jesús, pero no por estallidos desmesurados y hechos descomunales, sino por una constante y suave superación de los límites puramente humanos hacia una grandeza y amplitud que al principio se siente como la más natural beneficencia, como libertad nacida, como humanidad simplemente, expresada en el nombre maravilloso con que Él mismo gustaba de llamarse: "el hijo del hombre" –hasta que se revela como el milagro, simplemente-. Como el misterio de la humanación de Dios a la que cabe aplicar lo que le fue mostrado a Elías: Dios no está en la tempestad ni en el terremoto, sino en el aura callada. Milagro de la humanación de Dios, que se lleva a cabo en un acontecer que apenas percibe nuestro ojo. Milagro que hace que el alma humana se sienta bien junto a Él, que a Él acudan confiados los niños y los pobres de espíritu, que quede extrañamente burlada la psicología de los prudentes, pero se postre en adoración la verdadera grandeza de espíritu: suave paso de la frontera, más divino que el paro del sol y el temblar de la tierra.

Humildad de Dios que corre peligro de ser confundida. Espantosa proximidad del escándalo para el espíritu, que pone en el ser mismo del hombre la plenitud y la medida de lo humano en lugar de recibirlos como don de Dios. (La negrita es nuestra).

Tampoco puede decirse que Jesús sea una naturaleza religiosa en contraste con una naturaleza política o filosófica, con un Julio César o un Platón. Jesús no quedó por su constitución confinado en lo religioso, de modo que no pudiera ser otra cosa que "religioso". No. En él hay una libertad divina que quiere, una misión

que manda y una voluntad que obedece. Nadie puede decir que Jesús, por naturaleza, no hubiera podido lo que pudieron Platón y César. No se puede hablar así. Son conceptos inadecuados. Jesús no es un "talante religioso", por oposición al talante filosófico o artístico. Lo es Buda, lo es Mahoma, pero no lo es Jesús. Las mismas dotes religiosas están bajo los pies. Lo propio de Jesús es algo totalmente distinto: en Él la naturaleza humana está a disposición del Hijo de Dios y éste se revela en ella. Ahora bien, por el hecho de hacer suya la voluntad de Dios, esta naturaleza humana florece en su más pura plenitud. Lo que pasa es que para esta realidad última no existe concepto alguno. Con ella empieza la nueva creación, la nueva existencia, el nuevo pensar. Con ella empieza lo cristiano.